

La importancia de los documentos originales para el historiador

Ana Cecilia Rodríguez de Romo*

RESUMEN

Las fuentes originales o primarias son herramientas invaluableles en la labor del historiador. Hacen científica a la disciplina, permiten descubrir, estudiar y analizar circunstancias, fenómenos, hechos en el abordaje histórico. En este texto se discute la importancia de los documentos originales, utilizando tres ejemplos concretos.

ABSTRACT

Original or primary sources are invaluable tools in the work of the historian. They make the discipline scientific, allow discoveries, study and analyze circumstances, phenomena and facts within historical approaches. This article discusses the importance of original documents on the basis of three concrete examples.

* Editora del Boletín Mexicano de Historia y Filosofía de la Medicina. Ex presidenta Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina.

Palabras clave: Manuscritos originales, investigación histórica.

Key words: Original manuscripts, historical research.

Los documentos originales son indiscretos incorregibles, que a la primera provocación dicen la verdad. Personalmente tengo la convicción de que la historia es una ciencia y si bien los historiadores no hacemos experimentos que prueben nuestras hipótesis, el uso de materiales primarios, trabajados en el marco de la reflexión fina, nos permite desecharlas o probarlas, e incluso por qué no decirlo, de hacer descubrimientos, es decir, aportar algo nuevo al conocimiento o comprensión de nuestro campo específico de interés en la historia.

Mi maestro Mirko Grmek (1924-2000) me enseñó muchas cosas, la lista es larga, pues también aprendí de él en tanto que ser humano. Pero como maestro, no aceptaba que una investigación, por sencilla que fuera, careciera del apoyo de alguna fuente primaria. Claro que encontrar textos originales no siempre es posible, entonces el uso de la primera publicación es fundamental, pero cartas, diarios, expedientes, protocolos, oficios, actas, notas; son herramientas que aclaran o revelan hechos que a la luz de la reconstrucción inteligente, nos permiten imaginar lo que pudo haber sucedido. Son trazas que indican aceptablemente cómo es el elefante. Acordémonos de aquello que cuenta cómo pensaríamos que es el animal, cuyas cuatro huellas son redondas, grandes y profundas. Obviamente supondríamos que es de muy buen tamaño, compacto, pesado, equilibrado. Claro que no habría cómo imaginar que tiene dos inmensas y delgadas orejas, quizá tampoco la enorme trompa, pero en esta parte de la reconstrucción es donde incide la intuición y el sentimiento del historiador; cualidades que comparte con sus congéneres científicos sin importar el área de conocimiento.

Mi relación con las fuentes primarias ha sido diversa y múltiple en mi carrera académica; no sé qué disfruto más, si el proceso de investigación o la escritura del trabajo. Respecto al primero, me encanta visitar los archivos o bibliotecas. Me

produce una emoción muy agradable saber que voy a visitar un repositorio y después estar ahí. Al margen, no entiendo por qué siempre están en los lugares más inhóspitos; fríos, poco iluminados, húmedos, incómodos, donde se llega por una escalera o un pasillo feos que exigen fijarse muy bien dónde ponemos los pies. Una explicación puede ser que se les despoja de importancia y sólo representan un problema para los directivos, cuyos espacios consideran desperdiciados por albergar papel viejo que estaría mejor en una chimenea.

De mi relación con los documentos originales, sólo compartiré tres. Mi aventura con Claude Bernard (1813-1878), con Daniel Vergara-Lope (1865-1938) y con mis antecesoras en los estudios médicos (las médicas que se recibieron en la UNAM desde la primera en 1887 hasta 1936). En los tres casos me platicaron verdades que me permitieron entender muchas cosas. Existen muchas más experiencias, pero no hay lugar para hablar de todas, quizá las escogidas son las que siento más próximas.

Mi tesis de doctorado trata el primer descubrimiento de Claude Bernard. En 1848, el fisiólogo francés ubicó la sustancia que ahora conocemos como lipasa pancreática.¹ En sus publicaciones explica cómo y por qué encontró esa enzima y sería muy aceptable conformarse con el relato que el mismo descubridor hace de su descubrimiento. Sin embargo, las cosas en los laboratorios no son tan fluidas, lógicas y perfectas como él cuenta. Los relatos románticos sólo existen en las novelas. Así que con esta idea en mente, mi maestro me mandó a los Archivos de El Colegio de Francia, institución que en ese entonces custodiaba los manuscritos personales de Bernard. Indeleble guardo en mi memoria el viejo edificio, la oscura y escondida escalera con escalones de madera crujiente y torcida que llevaban a un cuarto aún más oscuro. Adoraba el olor a viejo y a humedad que golpeaba al entrar. La archivista sólo



Figura 1. Manuscrito atribuido a Leonardo da Vinci, localizado en Nantes, Francia 2010.

estuvo la primera vez, después yo misma tomaba los cuadernos, que consultaba en compañía de una secretaria casi tan vieja como ellos, y que una y otra vez me contaba cómo pasaría su jubilación en su casa de campo. Tocar los papeles del siglo XIX me parecía increíble. Mis dedos palpaban los protocolos de laboratorio del científico que admiraba tanto y que seguro había escrito en diferentes estados de ánimo. Encontré hojas sueltas, pero la mayoría eran cuadernos de diferentes tamaños, de pasta gruesa y colores, que en sus mejores tiempos deben haber sido de color rojo, verde y café. Las hojas amarillentas estaban llenas de una escritura “picuda”, muy abierta, en tinta café. Con toda honestidad, me costó mucho esfuerzo aprender a descifrar la escritura Bernardina, pues además mi maestro no aceptaba el argumento de que algunos párrafos eran ilegibles, con severidad me mandaba de regreso al archivo y me decía que siguiera intentándolo hasta que lo incomprendible fueran unas palabras y no trozos enteros. Un buen día, sin saber cómo, caí en unas líneas especialmente sucias, pero que narraban cómo su autor había usado el sebo de una vela para probar el líquido pancreático recientemente obtenido. El detalle tan celosamente guardado y que no aparece en ninguna publicación, da cuenta de cómo, cuándo y por qué él realizó su descubrimiento. El reporte daba fe de una verdad muy diferente a la que el gran científico hizo pasar a la historia, revelaba un acto intuitivo sin explicación aparente, como los que muchas veces tenemos cuando súbitamente entendemos algo.

Casi al finalizar el siglo XIX, en México estuvo en boga la teoría de la Anoxihemia Barométrica. Según esta corriente, los mexicanos del Valle de México padecían anemia cerebral por vivir en un lugar con menor cantidad de oxígeno. Siendo aún estudiante de medicina e imbuido del sentimiento nacionalista que entonces vivía nuestro país, el joven Daniel Vergara-Lope Escobar decidió probar la falsedad de esa idea.² Pasó casi treinta años midiendo las variables fisiológicas, anatómicas y antropofísicas de sus compatriotas. En efecto, encontró los argumentos científicos que refutaban la validez de la propuesta, propuso el mecanismo de adaptación a la altura y también describió el síndrome que se conoce como mal de Montaña. El peruano, Carlos Monge Medrano (1884-1970), se llevaría el crédito de la historia por describir el mismo proceso más de veinte años después, de hecho el fenómeno se conoce como enfermedad de Monge.

Después de documentar muy bien su vida científica, de la personal no sabía prácticamente nada. Me resultaba incomprendible que un hombre de sus méritos y que había gozado de reputación en su época, fuera casi desconocido. No detallo cómo finalmente pude reconstruir su destino más bien triste y que daría excelente pauta para una película. Sin embargo, me faltaba el eslabón final: cuándo, dónde y cómo murió. Obsesionada, conocí el archivo de los Mormones, el Panteón del Tepeyac y el Panteón de la Leona en Cuernavaca; ningún resultado positivo (tres aventuras geniales). Como sólo hablaba de eso, alguien me platicó que entonces, no sé si todavía, era posible conseguir en el Registro Civil el acta de nacimiento o fallecimiento (parece que también de divorcio) de una persona, si se proporcionaba el nombre de los padres. Conocedora del dato y después de seguir todos los pasos burocráticos que me llevaron varios días, obtuve el acta de fallecimiento en las oficinas siempre atestadas de Arcos de Belén. Era un muy cálido día de mayo cuando salí a la plaza que me pareció hermosa y casi con desesperación abrí el sobre cuyo documento me confesó con tristeza entre otros detalles, que el científico mexicano y amante de su patria, había muerto de neumonía en la colonia Guerrero el 12 de abril de 1938, los trámites los realizó un sirviente y fue enterrado en la sección más barata del Panteón de Dolores. No hubo esquelas ni el reconocimiento de sus pares. Daniel Vergara-Lope me enseñó que la memoria es ingrata, al final las acciones equivocadas, disipan toda una vida de trabajo y cosas buenas.

En nuestros días, la población femenina en las escuelas de medicina sobrepasa la de los varones. El fenómeno es mundial y no son pocos los estudiosos que tratan de explicarlo. Pero, ¿cómo se incorporaron las mujeres a un campo hasta entonces francamente masculino? El imaginario colectivo cree que esas pioneras sufrieron problemas inimaginables para lograr su objetivo, obstáculos que les presentaron sus familias y las autoridades universitarias, incluso las gubernamentales. Además de precisar quiénes fueron esas primeras médicas mexicanas, labor que no se había realizado, decidimos documentar esa supuesta odisea.³

Varios archivos nos ayudaron, pero el Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México y el Archivo Histórico de la Facultad de Medicina de la misma UNAM hicieron muy rica la investigación, sus múltiples y variados fondos guardan los detalles cruciales de la vida de las miles de personas que han pisado sus aulas por más de cien años. Cartas de padres, tutores, maestros y las propias estudiantes, actas de exámenes de los cursos y hasta profesionales, los mismos exámenes, historias clínicas, boletas de calificaciones, recibos de pago o peticiones para no pagar, certificados de estudio, oficios con jurados, solicitudes para faltar, para obtener becas, de compra de libros o instrumentos, justificantes de ausencias por enfermedad, avisos, comprobantes, listas, recetas médicas, programas de estudio y hasta papeles que daban cuenta de pérdida de cosas personales, quejas en contra de profesores e incluso accidentes. Todos a su manera dieron testimonio de que esas primeras médicas gozaron del apoyo de las autoridades, tanto gubernamentales como académicas, y de contar con una familia progresista. Un número no despreciable entró a la Escuela de Medicina sin haber concluido la preparatoria y les permitieron cursar paralelamente el bachillerato y los estudios médicos. No hay nada que pruebe que fueron enviadas a salones escondidos para hacer el examen profesional o que rechazaran sus diversas solicitudes por ser mujeres. Si hubo obstáculos,

más bien creo que estuvieron del lado de la sociedad que no estaba preparada para consultar doctoras. La opinión pública es más inflexible que la académica.

Los documentos también prueban algo muy normal: había buenas, regulares y muy mediocres estudiantes. Nos cuentan que algunas fueron escritoras, defensoras del derecho al voto, de la educación sexual, promotoras de campañas en diferentes aspectos de la salud pública, primeras especialistas. Me parece que fueron genuinas y no buscaron la fama ni adoptaron actitudes desproporcionadas. Muchas merecen ser rescatadas y no por ser mujeres, sino por significar seres humanos excepcionales.

Fue posible encontrar fotografías de esas primeras médicas y quizá ésta es una de las razones de mi inclinación por el trabajo. ¡Qué maravilloso material son las imágenes de la cara! Su solo estudio daría pauta para otro análisis. Ver la evolución de niñas a mujeres, expresiones de dulzura, candidez, inocencia, desconfianza, picardía, inteligencia, satisfacción, malicia, tontería, susto, amargura; descuido en el vestir o por el contrario, presencias muy pulcras, arregladas y hasta coquetas. Expresiones y semblantes que se mantienen, se exageran, se pierden o se adquieren con el paso del tiempo; las diversas maneras de envejecer, la moda y hasta el fenotipo que curiosamente parece diferente del actual. La imaginación aleja de lo académico y crea cuentos fantasiosos.

Me parece que estos tres casos concretos, ejemplifican bien la importancia de los documentos originales para la labor seria

y profesional del historiador. Los documentos originales están ahí, pacientemente esperan al investigador para guiarlo en su pretensión de poner las cosas en su lugar, pero nostálgicamente veo cómo también están sufriendo los estertores de la agonía. Ahora casi todo se registra por medios electrónicos, ya no se usa el papel. ¿Cuáles serán las fuentes de los futuros historiadores? Ya no lo veré, pero si vivo para entonces, espero disfrutar mis plantas y mis bisnietos, en lugar de la historia.

Referencias

1. Rodríguez de Romo AC. Claude Bernard, el sebo de vela y la originalidad científica. México, Siglo XXI, Facultad de Medicina, UNAM, Academia Mexicana de Ciencias, Embajada de Francia, 2006.
2. Rodríguez de Romo AC, Pérez-Padilla R. The mexican response to high altitudes in the 1890's: The case of a physician and his "Magic mountain". *Medical History* 2003; 74(4): 493-516.
3. Castañeda LG, Rodríguez de Romo AC. Pioneras de la medicina mexicana en la UNAM: del porfiriato al nuevo régimen, 1887-1936. México, Facultad de Medicina, UNAM, Díaz de Santos, 2010.

Dirección para correspondencia:

Dra. Ana Cecilia Rodríguez de Romo
ceciliar@servidor.unam.mx

www.medigraphic.org.mx